

FÁBULA DE LAS CALLES DE HUMO

José Manuel García López



Ediciones Baile del Sol



Apdo. Correos, 133. 38280 Tegueste. Tenerife. ISLAS CANARIAS
<http://www.bailedelsol.org> - E-Mail: bailesol@idecnet.com

*A Lisa Donald, por su entrega y amor,
a Yago Requejo Román, sabio, gran seductor.
A The Pogues, a todos y cada uno.*

I

Una esponja..., con sus cientos de agujeros, de cráteres blandos que penetran una circunferencia maleable, inundada por burbujas que resbalan por su superficie que ya ha tomado un tacto deslustrado por la palpitación del tiempo. Y esas burbujas que huelen a jabón sin olor, a efluvios inertes que se desvanecen en una habitación húmeda donde el aire no corre, en la que la luz comienza a ser algo inverosímil. Burbujas, pompas sin materia contra una piel mantecosa por el humo atroz del tiempo, por el golpeteo de los segundos contra un cuerpo que ya no puede recibir tal nombre. Antes se te podía calificar como bella, aunque tú siempre repudiases ese calificativo, mamá, como si estuvieses recubierta de una costra que rechazase los vocablos amables, pues eras recia como un sargento que no acepta halagos, ni siquiera los de su hijo.

Toses y las burbujas que circundan tu cuerpo rechazan el aire ácido que exhalas. Hace mucho que ya no me miras, como si tus ojos plomizos se cegaran voluntariamente y sólo pudiesen reconocer lo que está detrás de ellos, los pensamientos anclados en una cabeza fea y de cara cubierta por el vello habitual de las mujeres mayores de raza mediterránea. Te envuelvo en una toalla, en una de las que solías comprar en Valença do Minho, muy cerca, sólo a cuarenta kilómetros, donde las tiendas de toallas desprenden un olor especial, como a muertos regurgitando; toallas que se desvanecen sobre sí mismas tras el primer lavado, o se convierten en piedra pómez que escarba en los poros, secando no sólo las burbujas, sino también el alma.

Te levanto del banco de madera que hice instalar en la bañera para que tus piernas inmovilizadas pudiesen asentarse mientras dejo caer un chorro de agua templada por tus muslos blancos y sin carne, sin tendones, como si sólo quedase piel en ellos, una membrana macilenta de la que a veces, debo confesar, debo apartar la vista. Y nunca me acostumbro a la imagen inmensa de tu sexo, tan descuidado, tu sexo gris de filamentos gruesos, el vértice, el centro de gravedad sobre la que está asentada tu figura desprovista de ardor, llena de hielo y miseria. Trato de vestirte. Hoy tenemos invitados. Tienes invitados, pues las visitas son sólo para ti, aunque yo deba pronunciar tus palabras. ¿Por qué no te estás quieta? Nunca te acostumbras a que sea yo quien te enfunde estos ropajes pasados de moda. Prefieres que lo haga Ángela, a pesar de que nunca te ha arrumado con sus brazos como yo, ni te coloca tan limpiita y peinada en el centro del salón, frente al espejo grande de bronce oxidado, sobre cuyo cristal manchado por las marcas del tiempo coloco las fotos de la familia que te quedas mirando, recreándote en esas caras arrasadas por la vida, como si realmente entendieras, como si conocieras, como si te acordaras. Aquel espejo mágico que le compraste a la vecina de abajo, a Aurorita, la que se fue a Argentina con su hija, las dos buscando sus raíces. Ni una carta desde entonces de ellas. Cosa fea. Tú bien lo avisabas, estás se mueren allí en la miseria, en ese maldito país donde sólo viven piqueteros, peronistas ladrones de pelo lacio y otra suerte de menesterosos. Nunca te gustó aquello, ese país inmenso, esa maldita trampa para desesperados. Lo cierto es que sólo estuviste allí cinco años, muy joven, «los cinco años más desperdiciados de tu vida», solías decirme, pero no soy capaz de seguir pensando, tu sexo misterioso me distrae. Cómo no va a hacerlo si es el de mi madre. No es agradable para un hijo. Tengo que cerrar los ojos para ponerte la ropa interior, casi la única que tienes, pero hace tiempo que eso ha dejado de tener importancia. Y pensar que antes te comprabas lencería fina porque querías que mi padre no se aburriese de tu cuerpo, que todavía extrajera

savia de tus besos, y que no buscara mujerzuelas como los demás hombres de la familia. Pero no bastó. ¿Qué diablos significaba tu ropa interior frente a las piernas de Andrea, la enorme, la de la cojera ligera y la lánguida mirada? He oído que murió la semana pasada de cáncer invasivo de cuello uterino. Dicen que papá y ella nunca dejaron de escribirse, a pesar de la distancia y de que él hubiese decidido seguir el camino de esposo fiel que cuida a su mujer enferma con sacrificio. Y de esto ya han pasado cinco años, como los que tú pasaste en Buenos Aires, maldita sea la coincidencia. Él se fue (nunca sabremos si voluntariamente), enfermo, triste, arrasando su figura encorvada, dejándonos en esta casa grande de techos inmensos de la calle del Príncipe, solos, sin más referencias que nuestro estupor. Cuando nos abandonó todavía podías enfilarte las medias. Él nunca llegó a saber qué era esto que estoy viviendo. Ni siquiera en los cuatro meses que pasas en Madrid con tu hija logro serenarme y descansar. Tú bien conoces lo que me atormenta: la soledad, la lluvia de esta ciudad que cala el alma... ¿Recuerdas el año en el que no llovió ni una sola gota? Tú te echabas sal por detrás de la espalda para que los montes que el abuelo te dejó no ardieran y la madera se conservase..., madera de eucalipto, de un árbol que quita la vida de los demás con sus raíces que lo absorben todo. Como tú, a quién estoy anclado de por vida. Tú no tienes la culpa de haber plantado eucalipto en lugar de especies autóctonas. Te habían dejado una herencia disminuida, esas lobas de tus hermanas y del tío Enrique, que se lo llevaron todo, a pesar de que tú fuiste quien cuidó a los abuelos, no ese juguetas, ese maldito tío Enrique, quien poco después perdió su parte en las timbas. «Ese se juega la mujer, la casa y las hijas», decías que decía el abuelo. La mujer no, pues lo abandonó antes de que eso ocurriera, las hijas casi, y la casa sí. Si hubiese nacido en la India, ahora sería un yogui de esos a los que teme la gente por sus poderes, un santón de ojos hipnóticos que va pidiendo con su cuenco. Aquí no es más que un vulgar sintecho, sin misticismo que lo proteja, sin nada que ofrecer

al mundo. Te alegraste cuando finalmente recibió su merecido, hace ya tanto. Se le bajaron los humos. Ahora no puede trabajar, y ni siquiera echar una mano de póker, pues para ambas cosas se necesitan las dos manos.

(...)

Eucalipto..., ¿qué ibas a hacer si no? Necesitabas, necesitábamos el dinero. ¿Ponerte a plantar robles? La madera del eucalipto es como los Bonos de Estado, rápida, barata, sin riesgo. Pero al final los montes ardieron y allí se quemó nuestro dinero.

(...)

No te muevas mientras te coloco el sujetador. Vaya asco. Ya eres una vieja inmundada que usa ropa interior color carne. La que yo te compro. Pensaba en comprarte otra mejor, pero para qué. ¿Por una mísera visita que recibes al año? No merece la pena.

(...)

Últimamente estás más nerviosa. ¿Es que intuyes quién te viene a visitar? Tus amigas Dina y Estela, las de siempre, sólo que ahora tienen la mirada más gris y la piel como de pergamino. Te pondré guapa. Un poco de maquillaje no te irá mal. Trataré de hacerlo como tú lo solías hacer, discretamente. Siempre te gustó resplandecer un poco por encima de las demás, pero de una forma casi imperceptible, como si a primera vista nadie se diese cuenta y tu atractivo quedase grabado en el subconsciente de los que te rodeaban. ¿Qué les dirás? Me temo que seré yo quien les hable por ti, pero no te preocupes, no diré nada que tú no me autorizases a decir. Yo seré tu voz, la misma voz que cuando estabas lúcida y gobernabas esta casa como quien gobierna una provincia. Ya estás lista.

Llegarán de un momento a otro, apoyadas en sus bastones, Estela vestida de negro, siempre de luto riguroso aunque ya ni ella misma sepa quién diablos se le ha muerto, y Dina, con sus ojos aumentados por las hiperbólicas lentes de las mismas gafas que llevaba en los años sesenta; ojos de extraterreste, de la criatura con las formas más extrañas que jamás haya existido. De tus amigas fuiste la única que se casó. Ah, me olvidaba que Dina al final también cayó, pero como si no lo hubiera hecho. Las otras no pillaban novio ni que las matasen. A decir verdad eran mujeres muy feas, disculpa que hable así de tus amigas, pues las amigas son las amigas, pero permíteme que diga que la amistad entre hombres es un vínculo más fuerte. Las mujeres siempre se olvidan de sus amigas cuando aparece un hombre. Les da igual perderlas si eso supone que un hombre guapo se las quiera llevar muy lejos. Pero qué sabré de todas estas cosas. Estudié Económicas, no Psicología.

(...)

Dina y Estela sólo hacen su visita de rigor de dos veces al año. Me mostraré correcto pero nada más, no te vayas a pensar. No han sido ni buenas ni malas contigo. Nunca han mojado su fofa trasero por ti, pero quizás porque nunca ha habido ocasión de ello. Pero me temo que no lo harían. Nadie mueve el trasero a gusto por nadie. Si te digo la verdad, no sé por que diablos te limpio, te cambio la ropa cuando te orinas y te vislumbro las intimidades. Ah, ahora me acuerdo, porque un juez bajito me lo ordenó. Mi hermana y yo repartiríamos el tiempo entre ti. Ocho meses yo y cuatro ella. Me debió ver cara de hijo responsable, que encontraría trabajo pronto con su flamante licenciatura en Económicas. Además, Ángela no opuso resistencia. Incluso le parecieron demasiado los cuatro meses que se tendría que hacer cargo de ti. ¿Qué tal te lo pasas en la capital con ella? Su trabajo de funcionaria le permite tener las tardes libres para limpiarte y sacarte al balcón para que tomes el fres-

co, para que escuches los gritos de los asesinos mientras limpian sus cuchillos. Hay un eje Vigo-Madrid, y tú eres la dictadora absoluta. De buena se libró Ángela de que no la destinaran a Alcantarilla, Murcia, pues quedó la penúltima en el orden de prelación de los que superaron el proceso selectivo. Aunque quizás a ti te hubieran venido bien los vientos cálidos del Mediterráneo.

A mi hermana no la satisfizo del todo la solución, ya que se había convertido en toda una señora con cargas familiares. Así, «cargas familiares» llamó el juez a esa hijita suya tan maleducada que asiste a clases de equitación. A veces se me pasan cosas raras por la cabeza, y me da risa vislumbrar a esa niñita tan linda con la cerviz destrozada por las patas de un pony. Como a la hija de Clark Gable en *Lo que el viento se llevó*. No me lo tengas en cuenta. A veces me porto mal. Perdona. Ya sabes, me da miedo que seas capaz de comprenderme (aunque no haya alzado la voz), que oigas el sonido de mis pensamientos.

No te muevas, no vayas a cortarte con los azulejos rotos de ese baño de techos ennegrecidos por la humedad y la falta de dinero. Porque en esta casa no hay un duro. Maldita sea, nunca trabajaste, como si fueras la mujer del Sha de Persia. Aún así quisiste vivir en un piso modernista de la calle del Príncipe, uno de esos pisos elegantes pero de renta baja por viejos. Decías que nos lo podíamos permitir porque papá se ganaba bien la vida como agente inmobiliario, vamos, uno de esos que trata de colocar pisos baratos a parejas recién casadas de clase obrera que saben que les esperan veinte largos años de hipoteca. Pero a todo Sha Reza Palevi de Persia le llega su Jomeini en forma de despido por no alcanzar el mínimo de ventas y, sobre todo, por ser un tipo entrado en los cincuenta y enfermo. ¿Por qué te casaste con alguien tan mayor y tan melancólico? No es justo que un hijo tenga un padre que apenas puede subir las escaleras. Vaya burlas he tenido que soportar. Me hubiese gustado tener un padre atlético, un héroe del deporte, un luchador por el oro. Maldita casa, puta vivienda sin ascensor..., si hubiera habido, si

os hubieseis rascado un poco más los bolsillos, por lo menos no hubiera tenido que soportar la visión de un padre agonizante haciendo penosos esfuerzos por subir unos peldaños para abrazarme. Además, vivir en una casa sin ascensor en un colegio de pago no se perdona. Todo acaba sabiéndose. Los niños son muy crueles. Nunca llegó el dinero para instalarlo. Ninguno de los tres vecinos del inmueble tenía suficiente, pero tenías razón, qué eran tres pisos para unas piernas jóvenes como las mías. Ningún inmueble de tres plantas tiene ascensor. Ahora somos los únicos que quedamos, los otros se han ido porque han aceptado la oferta de las multinacionales de ropa que quieren montar una de las tiendas de su cadena precisamente en esta casa, en una edificación que ya está dando su último estertor. Mejor irnos antes de que se venga abajo con nosotros dentro. Es lo que está pasando en este maldito barrio de edificios modernistas. Lo mismo que a ti. Te estás derrumbando, mamá. Aunque debo agradecerte que tu enfermedad me ha librado de ponerme a trabajar, mamá, sí mamá, me has escuchado bien... Trabajo, la maldita palabra, el concepto manido por el que te enfurecías cuando volvía borracho a casa cada día, las más de las veces en compañía de nadie, hablando con mis fantasmas, dos años después de licenciarme en Ciencias Económicas en esa cosa llamada Universidad de Vigo, pero tan alejada de Vigo, en un lugar que no tenía cabida en nuestros horizontes. Júpiter y más allá de las estrellas. Dos años de abatimiento y desesperanza, de madrugadas de alcohol arrumado por la brisa de la ría, oteando su resplandor nocturno que llegaba a mi cerebro como una cerveza de diez grados, de fantasías de muerte, de esperanzas de tener el valor de quitarse de en medio, de emprender el viaje hacia una muerte que semejaba liberadora, pero que parecía estar tan lejos, como si fuese un concepto ajeno, de otro tipo de existencia, algo vedado a los cobardes. Pero con el tiempo dejaste de tener fuerzas incluso para reprocharme mi vagancia, y ya no digamos para gritarme. Ahora era yo el que administraba el dinero de tu pensión de viudedad y la ayuda complementa-

ria que percibías por invalidez. Cualquier cosa valía con tal de no ponerme a trabajar. Es que desde pequeño nunca me gustó ganarme las cosas por mí mismo. Como cuando le pedí a la prima Sara que me diera alguna de aquellas medallas tan bonitas que había ganado en los campeonatos de natación. «Las medallas hay que ganárselas. No es algo que se pueda regalar», me dijo. Yo, desde entonces, le tuve un odio infinito. Pensión, ayuda complementaria..., era generoso papá Estado con una mujer que no había trabajado en su vida, tan generoso como puedo serlo yo al lavarte las vergüenzas y al poner en la lavadora tus bragas manchadas, las bragas de mi propia madre.